

SERMON

SOBRE

LA ENVIDIA

Collegerunt Pontifices, & Pharisæi consilium, & dicebant: ¿Quid facimus, quia hic homo multa signa facit?

Los Principes de los Sacerdotes, y los Phariséos tuvieron consejo, y dixeron: ¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchos milagros. *En el cap. 11. del Evangelio de San Juan v. 47.*



UE mal discurren los hombres quando estan preocupados de sus pasiones! Y quanta verdad es lo que el Espiritu de Dios nos enseña en sus Escrituras, que no hay ni Sabiduría, ni consejo contra el Señor: *Non est consilium contra Dominum.* (a) ¿Quién no huviera creído, que á la fama de tantos milagros, como Jesu-Christo havia hecho en la Judea, que á vista de un muerto de quatro dias, resucitado en J-ru-
sa-

(a) Prov. 21. v. 30.

salén iria el Pueblo en tropas á reconocerle por el Mesías, y que los Sacerdotes por el honor de su ministerio, irian á levantar los primeros Altares, y dar el primer omenage de Religion á este Dios hecho Hombre? Con todo eso, se ofenden, murmuran, conspiran contra él: irritados de lo que debia moverlos, conociendo la verdad, y no peazando sino en su interés, temiendo el poder de los Romanos, y arreglando la Religion por la política, resueltos á mantenerse, é inciertos sobre los medios de hacerlo: *¿Quid facimus, dicen, quia hic homo multa signa facit?* Tan presto quisieran ahogar la tierna fé de los Fieles, ó la reputacion de Jesu-Christo que ya veian bien establecida. Tan presto quieren apoderarse de la persona del mismo Jesu-Christo porque es el justo censor de su devocion hipócrita, y como un obstaculo á su falsa gloria. Tan presto piensan en deshacerse de Lazaro, y bolver á echar en las tinieblas del sepulcro á este hombre, que acababa de salir de él, y que como un vivo milagro atrahia por todas partes los ojos, y la fé de los pueblos: *Quia multi propter illum... credebant.* (a)

Tales eran las agitaciones, que causaba en estos Phariséos la envidia, aquella triste, é inquieta pasion, enemiga de toda virtud, y compañera inseparable de las almas vanas, sobre lo que San Chrysostomo hace esta reflexion: ¿Qué virtud tan feliz puede estar á cubierto de los ataques de los envidiosos, puesto que Jesu-Christo mismo, que lanzaba los demonios, que resucitaba los muertos, que curaba los enfermos, y que salvaba al mundo, no está esento de ellos? ¿Y qué virtud puede haver tan solida, que pueda librarse de las tentaciones de la envidia, puesto que unos hombres consagrados por su profesion al servicio del Dios de Israel, honrados con la dignidad del Sacerdocio, encargados de la administracion de su Ley, y de su Doctrina, sobre zelos de credito, de reputacion, y de autoridad persiguen al mismo Jesu-Christo?

Tom. 5.

Pp

De

(a) Joan. 12. v. 11.

De este vicio tan contrario á todas las leyes del Christianismo, y con todo eso tan comun entre los Christianos, es de quien debo hablaros oy dia, mostrandoos *primamente las razones, que tenemos de aborrecer este vicio, lo segundo los remedios que tenemos, à las precauciones, que debemos tomar para evitarle.* Este es todo mi asunto, si el Espiritu de Dios, que es Caridad, nos ilustra con sus luces, por la intercesion de Maria, que por su grandeza, y por su humildad misma se elevò sobre la envidia, quando la dixo el Angel:

AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

LA envidia es una tristeza, que concebimos á vista de los bienes, ó de las prosperidades ajenas, quando nos imaginamos, que son con perjuicio de nuestros intereses, ó de nuestra gloria. Si considerais à este vicio en su origen casi es tan antiguo como el mundo: el primer pecado en el Cielo fue el orgullo, el primer pecado sobre la tierra fue la envidia. Si atendeis á su imperio, reyna en todos los estados, y en todas las condiciones de los hombres; posee á los grandes, y á los pequeños, á los estraños, y á los domesticos, á los particulares, y á las comunidades, se insinúa en las Cortes, y en los Claustros; y en qualquiera parte, que se establece, los privilegios son inutiles, la sangre no es reconocida, la naturaleza no está segura, la amistad ya no tiene ley, la piedad no tiene mas credito. Si considerais su objeto, el Sabio nos enseña, *que todo el trabajo, y toda la industria del hombre está sujeta á la envidia del proximo,* (a) las ventajas mas naturales, el mas legitimo adelantamiento, las riquezas mas inocentes, la fortuna mas modesta, la reputacion mas pura excitan esta desgraciada pasion. En fin si mirais

(a) Eccl. 4. v. 4.

rais sus efectos, no hay desordenes que no produzca. *Ubi emulatio, & contentio, ibi omne opus pravam,* (a) dice el Apostol Santiago: asi como todas las virtudes sirven á los designios de la caridad, se puede decir que todos los pecados sirven á los designios de la envidia, lo que hace decir à San Basilio, que el envidioso es como un pecador universal, que trastorna toda la disciplina Christiana; no tiene obediencia á sus superiores, cuya autoridad quisiera usurpar; es un hombre sin afecto á sus parientes, quando se trata de su interés; sin reconocimiento por sus bienhechores, de cuya opulencia no gusta; sin fidelidad por sus amigos, cuya elevacion le desagrada; sin fé, y sin misericordia por sus hermanos, cuyas prosperidades le afligen; bastaria esto, hermanos mios, para daros aversion, y horror à este pecado, pero tengo cosas mas importantes, que deciros.

Quanto mas participa un vicio de la naturaleza del demonio, que es el principio del pecado, y el modelo de los pecadores, mayor es el vicio. Pues el ministerio proprio de este enemigo de nuestra Salvacion es estraviar al hombre en la prosecucion de su bienaventuranza, y robarle los bienes que Dios ha preparado á sus escogidos. El será juzgado, dice San Agustín no por haver desolado Provincias, y haver hecho á los pueblos tributarios de una sordida avaricia, no por haver arrastrado en una vana ociosidad una vida mole, y deliciosa, no por haver mirado sin compasion, y haver dejado perecer á su vista los pobres, cuyas necesidades podia aliviar, y librarlos de un resto de disoluciones, y de excesos; la sentencia de su condenacion está fundada sobre que ha tenido envidia al hombre inocente: *Quia homini stanti invidisti.* (b) Pues no hay pecado que participe mas de su malicia, que la envidia: ella es quien persigue á los buenos, se opone à las ventajas del proximo; no hay verdad tan Santa, que no esté pronta á violar para destruir la reputacion de aquel, que es el objeto de su odio; ella les impone falsos

Pp 2

(a) Jacobi 3. v. 16.

(b) S. August.

delitos, le desea los verdaderos, no teme, ni el juicio de Dios, ni las amenazas de los hombres; y borra del corazón del que está poseído de ella, todos los sentimientos, no solamente del Christianismo, sino también de la humanidad, y de la razón. Y así se puede decir, añade este Padre, que la serpiente derrama sobre los demás vicios algunas gotas de su veneno, pero que echa todas sus entrañas, y descarga toda su malicia sobre la envidia. *Tota sua viscera conculcit, & movet invidia.* (a)

Fuera de que, estando, Señores, la Religión Christiana fundada sobre la caridad, lo que es más contrario á la caridad, es más opuesto á Jesu-Christo, á su doctrina, y á su conducta. Pues San Pablo nos enseña, que una de las cosas más incompatibles con la caridad es la envidia: *Charitas non emulatur*; (b) ella repugna al espíritu, quiero decir, á las intenciones, á los sentimientos, y á los preceptos de Jesu-Christo; él se cargó de nuestras flaquezas, y de nuestras necesidades, y nos ha comunicado sus dones, y sus gracias; al contrario el envidioso, quisiera dar á otros todas sus flaquezas, y tomar para sí todas sus ventajas. Jesu-Christo ha venido para formar un cuerpo, y una sociedad de fieles unidos entre sí con todos los nudos de una caridad reciproca: y el envidioso rompe esta union, se separa de los que son más felices, que él, y quisiera quitarles lo que Dios les dá. Jesu-Christo para afirmar esta correspondencia, ha dado por regla el desinterés, el desapego de los bienes del mundo, y la renuncia de sí mismo: al contrario el envidioso, todo lo refiere á sí, todo lo reduce á sus intereses, y no busca sino su propia gloria. ¿Pues no es esto atacar á la Religión hasta en el corazón, y destruir en sí el Espíritu de Jesu-Christo, y del Evangelio?

Pero lo que más da á entender la malicia de este pecado, es, dice San Chrysostomo, que no hay utilidad alguna, que le sostenga, pretexto alguno, que le suavice. El que toma la hacienda de otro goza del fruto de sus latrocinios, y se enri-

(a) Idem.

(b) 1. ad Cor. 13. v. 4.

quece de la pobreza, y de la miseria de los que despoja. El voluptuoso cree satisfacerse, y buscar con que apagar el fuego de sus pasiones, en la prosecucion de sus placeres. El avaro tiene la satisfaccion de adquirir, de poseer, y de sostener su credito, ó su vanidad con las riquezas que acumula. El ambicioso se lisonjea de las esperanzas de su fortuna, y cree, que hay alguna gloria en elevarse por su industria, ó por su merito. La venganza misma, por brutal que sea, halla sus razones en la necesidad de reparar una afrenta recibida, y sus dulzuras en una superioridad de honor, ó de poder: en todos los pecados hay algun fruto de iniquidad, que los anima, algun calor de pasión, ó alguna apariencia de bien, que los escusa á los ojos de los hombres; pero el envidioso no tiene sino una voluntad determinada al mal, sin que le resulte provecho, ni bien alguno. Gusta de afligirse de la prosperidad de otro, pero no por eso le hace más infeliz, se complace en desear para sí con inquietud, pero no llega á ser más feliz el mismo enemigo; sin ser ofendido, y sufriendo él solo el mal que quiere hacer, tiene en su corazón la pena de su envidia, y el sentimiento de su impotencia, y en lugar de hallar un remedio á su pobreza, halla el acrecentamiento de su miseria.

Pero lo que más debe apartar de esta corrupcion á una alma por poco generosa que sea, es que este pecado lleva, por decirlo así, su vergüenza, y su confusion consigo; que hay en todas sus circunstancias un fondo de bajeza que el mundo mismo no puede sufrir, y que no se necesita sino un poco de educacion, y de honor, para concebir la aversion, sin que sea necesario recurrir á la santa severidad del Evangelio; sino para acabar de ahogar por la gracia de Jesu-Christo este vicio, que una probidad natural condena, como injusto, y como odioso. Porque Señores, la envidia no es otra cosa, que la inquietud, y la impaciencia de un hombre que se vé, y se reconoce inferior á otro, lo qual hacia decir al Santo hombre Job: *Parvulum occidit invidia;* (a) pa-

(a) Job. 5. v. 2.

ra denotar, que todo envidioso se mira como pequeño á sus propios ojos; por rico que sea, siente en sí una especie de pobreza que no demuestra por defuera: por grande que sea, se degrada él mismo, èl mismo se humilla á pesar suyo en su pensamiento, à vista de aquel, que es el objeto de su pasión. Achab no halla ni reposo, ni felicidad en sus grandes bienes; todo su Reyno le parece pequeño, y la pequeña herencia de un pobre, que èl envidiaba, le parece mas grande, que todo su Reyno. Amán era el favorito de Asuero, una envidia repentina lo alborota contra Mardocheo, olvida todo su favor, y pierde todo el honor de su ministerio. Esaú, añade San Chrysostomo, en medio de ser tan rico, y tan sobervio como es, vé á Jacob sobre él por la preferencia de la bendición paterna: Saul por Rey, y por poderoso que sea, mira à David como á superior en virtud, y si su dignidad lo ensalza, su envidia lo abate, y hace inferior á uno de sus vasallos. Y así el envidioso siempre es cobarde, ò hace mostrar su indignancia, queriendo quitar à sus hermanos los bienes que poseen; ó su malicia, alimentandose de sus males, y de sus desgracias; y así en lo uno, como en lo otro, hay vergüenza, y hay bajaça.

Y por esto ¿qué cuidado no tienen de ocultar los sentimientos de su envidia en lo secreto de su corazón? La vida del mundo no es sino mentira, è hipocresía. Va uno á divertirse con aquellos de un bien, que se les quisiera haver arrancado, y bajo de un rostro risueño, se lleva un corazón lleno de amargura: va uno á afligirse con estos otros, de una desgracia, que les desea, y que acaso se les ha procurado; y se les encubre una verdadera alegría bajo de una compasión aparente: se hace semblante de estimarse, se alaba, se adula, pero la envidia nada pierde por eso: no se dice una palabra buena del próximo, que no se tenga un mal pensamiento: enfadado del bien, que se ha dicho, se va uno á burlar de la simplicidad de los que lo han creído; despues de haver hecho en su presencia la pintura alhagueña, se va à mostrar á los otros una pintura ridicula. Desquitanse de las alabanzas, que se han dicho, por las burlas que se hacen contra todos los derechos de la equidad, y de la justicia Christiana; de-

sacreditase à aquellos à quienes se hace semblante de respetar, y aun á quienes está uno obligado, y se derriba con una mano el Idolo, que se acaba de incensar con la otra. Ese cumulo de civilidades mundanas, ese comercio de falsas palabras, ó de fingidas amistades, que forma oy día la urbanidad, y la política del mundo, parece no haver sido inventado, sino para servir de velo á la envidia, que se tienen unos á otros; ya casi se exceden los unos á los otros, y los hombres ordinariamente tienen tan poca rectitud, y bondad, que les ha parecido necesario para ocultar su dañado corazón formarse un arte de engañar, y una política de ser engañados.

Lo que hace decir à San Chrysostomo que la envidia tiene esto de insufrible, rara vez se halla sin alguna especie de trayción, y de perfidia: porque acometiendo á los que debieran ser nuestros amigos, que son nuestros familiares, y nuestros semejantes, casi siempre vamos contra ciertas obligaciones, no solamente de la caridad Christiana, sino tambien de la atención civil, y humana, en efecto ¿á qué exceso no inclina esta pasión? Repasad en vuestra imaginación lo que pasa en el mundo, y quiera Dios, que no tengáis parte en ello: esos lazos, que se arman á la inocencia, quando se teme que llegue á demasiado crédito; esos malos oficios preparados secretamente, y con mano agena, que por calumnias concertadas, arruinan muchas veces toda la familia, y aun algunas veces toda la posteridad de un hombre de bien; esas relaciones hechas á proposito sobre palabras mal interpretadas, y que se envenenan para hacer odiosas, ó à lo menos sospechosas á las personas, esas emociones, y esos embrazos, que se observan sobre un rostro, en que parece armarse la naturaleza para rechazar un buen oficio, que una lengua caritativa havrá querido hacer al próximo, que no se ama: ese silencio que se afecta, quando se oye decir bien de alguno en las compañías, para reusar una aprobación á la virtud, y defraudarla de una alabanza, que le es debida; esas malignas alegrías, que se sienten, quando se ha disminuido en alguna ocasión una reputación que comen-

zaba á brillar; esas frialdades, y esas aversiones secretas, que el Propheta llama gratuitas, que se conciben contra quienes no nos han ofendido, y que solo es su delito ser ò mas habiles, ó á lo menos mas felices de lo que somos nosotros; esas uniones, y esas ligas de iniquidad, en que por divididos que esten por otra parte, se reunen contra un hombre de quien muchas veces nada se tiene que temer, sino el merito, y que tuviera todas las buenas prendas, si huviera logrado la de agradar: esas murmuraciones, en fin, vendidas con un ayre de sinceridad, y de buena fé, en que se principia un discurso sangriento por un prefacio lisongero, diciendo bien al principio, para ponderar despues mejor el mal que se quiere decir, se adorna la víctima, que se quiere degollar, y se arrojan algunos puñados de flores sobre el Altar, que se quiere ensangrentar con su sacrificio. ¿Y hay cosa mas indigna, ni mas cobarde, que todos estos medios, de que se sirve el envidioso para llegar al fin de sus designios?

Pero lo que mas debe hacer temer la envidia es la pena, que se hace á sí misma. No hay pecado de qualquier especie que sea que no haga perder al alma que le comete, aquella verdadera, y solida paz, que es el fruto del Espiritu Santo, y el privilegio de las almas justas; sea que Dios haya querido para primer castigo del pecado, que fuese el mismo su suplicio, sea porque siendo la paz inseparable de la justicia, en qualquier estado que se halle el hombre, jamás está bien consigo, mientras está mal con Dios. No obstante como el objeto de la voluntad no es el mal como mal, y como no se comete el pecado sino bajo la idea, y con la esperanza de algun bien aparente, los pecadores no dejan de hacerse una falsa paz en el cumplimiento de sus deseos. *Regocíjense quando hacen el mal*, dice la Escritura, (a) y se duermen en un reposo falaz, è imaginario; pero si no hay en general verdadera paz para los pecadores, tampoco la hay falsa para un envidioso siempre tris-

(a) Prov. 2. v. 14.

triste, y siempre infeliz, sea porque le venga del mal, ó del bien que gozan los otros, castigado exterior, é interiormente, no pudiendo librarse del peso, que le incomoda, ni atreviéndose á manifestarlo para aliviarse, se puede decir que halla su Cruz en su pasion, y que la pena de su pecado, es su pecado mismo. ¡Qué pesar para él ver una casa que Dios bendice, elevarse como por sí misma; un merito que la virtud sostiene penetrar la oscuridad, que le rodeaba, una honesta reputacion, que se establece por sus talentos, y que se aumenta por la modestia misma, que la acompaña! ¡Qué pena para él ver á unos con mas industria, á otros con mas ocasiones de señalarse, y á muchos arribar sin ansia, y sin inquietud adonde él no ha podido llegar por sus trabajos, y por sus ideas! ¡Qué miseria ofenderse de todo quanto la Providencia Divina hace por los demás, dice San Cypriano, tomar sus prosperidades como malas nuevas, y oír su elogio con tanta tristeza como se pudiera oír una invecitva, que se huviera hecho contra sí mismo! ¡Qué desesperacion en fin, reconocerse atormentado vanamente, que las nubes que se havian formado para obscurecer la gloria de un hombre de bien, han sido disipadas brillando su virtud mas pura, y mas resplandeciente; que las armas que se havian empleado para destruirla, solo han servido de trofeo á su paciencia, y á su valor!

Por eso llama la Escritura á la envidia, la podredumbre de los huesos: *Putredo ossium*. (a) Porque es un dolor interior, y sensible que roe el corazon, y penetra hasta lo interior del alma; este es el motivo por que San Basilio la llama una calamidad á deshora: *Absurda calamitas*. (b) Porque es entristecerse por entristecerse, y porque el primer daño, que hace es á sí mismo. Por eso los Santos Padres han dicho unas veces, que este pecado parece tener alguna discrecion, pues no se apodera de aquel que es envidiado, sino de aquel, que envidia, y es culpado: otras veces, que es el unico vicio que se puede llamar justo, no porque lo sea en efecto, pues es un

Tom. 5.

Qq

gran-

(a) Prov. 14. v. 30.

(b) S. Basil.